

MARIO LÓPEZ Y SU BUJALANCE NATAL POETIZADA

JUAN LEÓN MÁRQUEZ
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Excmo. Sr. Director, Ilustre Cuerpo Académico, Sr. Alcalde del Excmo. Ayuntamiento de Bujalance, Sras. y Sres.:

Quiero en primer lugar manifestar mi más sincero agradecimiento al Pleno de la Real Academia que tuvo a bien nombrarme por unanimidad, Académico Correspondiente en el pasado mes de mayo. Es para mí un gran honor pertenecer a esta ilustre y secular institución uno de cuyos objetivos fundamentales es la irradiación cultural en todas sus manifestaciones.

Si bien tuve ocasión de participar en las Primeras Jornadas que la Real Academia celebró en Villanueva de Córdoba, el día 20 de noviembre del pasado año, con una ponencia sobre la narrativa de Antonio García Copado, hoy realizo mi discurso de presentación ante esta docta Institución que, como todos Vds. saben versará sobre Mario López y su Bujalance natal poetizada.

Mi admiración y mi respeto, junto a la amistad con la que el universal poeta bujalanceño siempre me distinguió, así como mi nombramiento de Correspondiente en Bujalance, justifican que las primeras palabras que yo les dirija desde este lugar tan privilegiado, giren en torno a quien fuera Académico Correspondiente en 1965 y Numerario en 1978. A quien poseyó una garganta y un corazón tan poéticos que, aunque encerrados por deseo expreso en su ciudad natal, trascendió todo tipo de fronteras tanto geográficas como de escuelas y de modas.

En esta ponencia haré un recorrido por su obra, descubriendo los múltiples matices que imprime a los distintos núcleos temáticos que guardan relación directa con Bujalance: La ciudad y el aire que la envuelve, sus gentes, sus costumbres, el campo con su corazón humano, etc. y todo ello con la inexorable presencia del tiempo al que el poeta quiere a toda costa retener:

*Agridulce nostalgia de los años
veinte ya detenidos en el tiempo¹*

Tiempo que de manera pendular oscila desde el presente en que nuestro autor escribe hasta un pretérito evocado con nostalgia de unas vivencias imperecederas y a las que nunca renunciará. Diríase que, en determinados momentos, Mario López quiere, como Antonio Machado o Azorín, contemplar y vivir más para el pasado.

Hay, sin embargo, algunas excepciones en esta huída hacia el pretérito, puesto que,

¹ M. LÓPEZ, *Poesía* (Córdoba, 2004) *Tiempo detenido*. Pág. 353.

en ocasiones, apuesta claramente por un futuro. Y no es mera casualidad el hecho de que sea en *Versos a María del Valle* donde con mayor frecuencia se produzca esta circunstancia temporal. El poeta concibe el amor proyectándose en él no sólo hacia el futuro, sino también, hacia la eternidad:

Mario era así... dirás cuando ya pase
mucho tiempo y yo esté sabe Dios dónde².

Versos que forzosamente nos traen a la memoria el *Lorsque je serais mort*, de Francis Jammes.

En la primera estrofa de otro poema del mismo libro, escrito en 1952, hace mención, de nuevo, a un tiempo futuro materializado en su soñada descendencia:

*A vosotras, muchachas del siglo XXI,
tataranietas tuyas que no las conocisteis,
os diré alguna cosa de vuestra remotísima
tatarabuela Mary (yo que tuve esa suerte
de vivir la "antigualla" de su tiempo y tan cerca
de sus ojos que dudo si ella misma sabría
mejor que yo contaros la historia de su alma*³.

Conocí a Mario López a los cuatro meses de afincarme en su ciudad natal, con motivo de iniciar en ella mi actividad docente. Fue exactamente un día 8 de diciembre de 1971, cuando el pueblo entero renueva el secular voto a su Patrona, la Virgen Inmaculada; en la recepción oficial que por aquel entonces ofrecía en el salón de plenos el Ilustre Ayuntamiento, tras asistir, bajo mazas, a la solemne función religiosa. Desde entonces me regaló su entrañable amistad de hombre culto, cordial, respetuoso, tolerante, y de profundas convicciones religiosas y morales. En aquella ocasión prometió enviarme un ejemplar de su libro *Antología poética*, publicado por la Real Academia de Córdoba, en 1968. Este vino a ser mi primer contacto con la poesía de Mario López que me permitió conocer a un poeta rebosante de lirismo y repleto de autenticidad.

Por plazas y calles sin pulso, lentamente ensombreciéndose en largos y dulces crepúsculos, no resultaba extraño sorprender al poeta bajo un frondoso cielo de aligustres donde un ruidoso aleteo de dulces pájaros se disputaban, al ocaso, su nocturno cobijo. Como tampoco era raro encontrarlo "al vespéral incendio de las torres", sentado en su familiar e inequívoco sillón de mimbre contemplando el cotidiano devenir bujalanceño en los atardeceres, cuando se van apagando las flores del almendro en lenta y progresiva armonía.

Porque Mario López, palabra poética de su amado Bujalance y su dintorno, siempre supo encontrar lo más oculto que el paisaje, las costumbres rurales y urbanas, el cotidiano vivir, cuyos anodinos acontecimientos alcanzan una mágica dimensión cuando el poeta los recrea y el intrahistórico transcurrir de las cosas sencillas, encierran. En definitiva, el latir de la vida y su esencia constitutiva, creando un universo acariciado con ternura, al que supo insuflar su propia alma, y nos lo dona con posterioridad, de manera generosa, para la eternidad, bello y hermosamente poetizado, tras un laborioso proceso de selección y depuración.

El poeta, en suma, ha llegado hasta el mismo corazón de cuantas cosas le rodean y, desde él, ha sabido comprender y expresarnos el secreto que las mismas contienen.

Pablo García Baena⁴ afirmaba con ocasión de la publicación de *Garganta y corazón*

² M. LÓPEZ, *Versos a María del Valle* (Córdoba, 2004). Pág. 33.

³ M. LÓPEZ, *Versos a María del Valle* (Córdoba, 2004). Pág. 57.

⁴ P. GARCÍA B. *Garganta Del paisaje en Mario López*, Diario "Córdoba". 10 de septiembre de 1952. Pág. 3.

del Sur que: “*La piedra largamente callada tiene una voz. Mario López, corazón del Sur, ha sentido en sus manos ese pálpito bronco y terrenal de la garganta de las cosas, antes de que la voz surta misteriosa de arterias minerales, honda de confidencias al oído enamorado del poeta: una voz desnuda del aire, voz del surco cicatrizado en la sequía, voz de los niños, lágrima sonora en las esquilas del atardecer. La voz de la tierra*”.

Así, nos ofrece un particular pueblo recreado por su inspiración, con una atmósfera también distintiva, puesto que el aire que envuelve a este mundo es constante motivo poético. Aire donde habita la divinidad que es, como afirman Jesús Poyato y Juan León⁵: “*El Dios de todos, presente en todo y que se manifiesta tan próximo a los hombres: Dios fácil para los niños, Dios sentado al brasero, etc. que en ocasiones le atribuye sentimientos de hombre reforzando más, si cabe, esa imagen humanizada y asequible de Dios*”.

Aire respirado. Dios respirado que palpita también en las nubes y en la hierba iluminada por la luna primaveral. En definitiva, un Dios que late junto al hombre de esta tierra especialmente grata al poeta.

Hemos dicho que el aire es un frecuente motivo de inspiración y así lo encontramos en este particular cosmos. Un aire tan personificado que nos habla, que nos besa, que llega a soñar: *Sueña el aire escaleras y altas salas*. O que sirve al poeta como evocadora atmósfera de recuerdos:

*Vuelve a hojear tu libro. No busques en sus páginas
el día, el mes, el año... Busca tan sólo el aire
de entonces, su perfume de humedad por las noches,
el sitio y la costumbre de mirar tus estrellas*⁶.

En este aire, además de encontrarse –como ya hemos dicho– presidiéndolo todo, la divinidad, también habitan los ángeles que a lo largo del día y de manera silenciosa van y vienen custodiando a los trabajadores, a los niños y a todos los hogares, formando parte consustancial del pueblo. Unos habitantes más, que aunque incorpóreos y etéreos, presentimos:

*Nadie le vio; pero en cambio todos
percibíamos el aire de su pulso,
latiendo azul maravillosamente
por la inefable paz de la Campiña*⁷.

Este habitante, este bujalanceño alado, preocupado como todos por la lluvia tan necesaria en este hábitat agrícola, queda inmortalizado por el poeta en la veleta que corona la techumbre de la Ermita de la Santa Cruz:

*Perfil gastado en siglos de afanoso
encauzar buena lluvia al sembradío
desde el mejor cuadrante de su vuelo*⁸.

Otros ángeles, como los de la Tierra Mojada, habitan en otoño como huéspedes de aromas el huerto de las Madres Carmelitas y los de la Leña Quemada y de la Verdina

⁵ J. POYATO, J. LEÓN, *Aproximación a la Poesía Religiosa de Mario López* (Córdoba, 2004). Pág. 36.

⁶ M. LÓPEZ, *Poesía* (Córdoba, 2004). *Elegía de El Chaparral*. Pág. 141.

⁷ M. LÓPEZ, *Poesía* (Córdoba, 2004). *El Ángel del atardecer*. Pág. 40.

⁸ M. LÓPEZ, *Poesía* (Córdoba, 2004). *Al Ángel de una veleta*. Pág. 185.

aletean por el invernial aire de húmedos trujales.

Ángeles que, esculpidos en mármol, finalmente, custodiarán en el mismo aire que alentaron, el sueño eterno de los muertos de pueblo.

Y si en esa dimensión hemos hablado de la existencia de seres sobrenaturales, debemos ahora hacer mención a un vínculo de unión entre aquella esfera y la que habitamos el resto de los hombres de este su universo poético, y este nexos no podía ser otro que su amada que también –no lo entenderíamos de otro modo– está contenida en el aire:

*Te sueño en el aire
y estás en el aire
y así te respiro
y así estás en mí⁹*

O sea, que ubica a la amada en esa dimensión espiritual que Mario López ha configurado, puesto que ese aire, al que tantas veces nos hemos referido, está henchido –como ya hemos insinuado líneas arriba–, de la eternidad divina.

Y la enamorada –como en Salinas o Guillén– da sentido a ese universo lírico y plenitud a la propia vida del poeta. Por consiguiente, y como en los citados componentes del 27, su postura, en cierto modo antirromántica de la concepción amorosa, convierte a la relación con su amada en un gozoso y jubiloso vivir:

*¡Tú, nunca en fotografías...!
no quiero guardarte muerta
cuando estás llena de vida.*

*Que te quiero palpitando.
Que te quiero hoguera viva.
Que te quiero por mi sangre
sentirte, amor, florecida.*

*Con voz, con pulso y con labios
que me besen y me digan
que me quieres y me nombren
quinientas veces al día.*

*Riendo y gozando las cosas
no disecada o perdida
como un recuerdo entre hojas
que han de ponerse amarillas.*

*... Te quiero como te quiero:
¡Mía siempre y siempre viva,
ayer, hoy, mañana y siempre,
mía sólo y sólo mía!¹⁰*

En este pueblo que el poeta presenta al sol, es decir, en todo su esplendor y con la blancura y la sencillez de la cal desnuda reverberando, siendo de este modo fiel al espíritu constitutivo del mismo, habita una dilatada humanidad en la que el labrador,

⁹ M. LÓPEZ, *Poesía* (Córdoba, 2004). *Madrigal de María del Valle*. Pág. 331.

¹⁰ M. LÓPEZ, *Poesía* (Córdoba, 2004). *Madrigal de María del Valle*. Pág. 340.

con su íntima y dulce techumbre del cielo, y cuya existencia queda configurada entre la labranza y la cosecha, es la figura dominante. Y junto a él, el pastor, el arriero y el cazador “con su perro de nubes y un vago disparo azul en la sonrisa”.

Gentes sencillas que, entre su diario trabajo y sus monótonas tertulias sobre la meteorología, van gastando su vida, dedicada toda ella a pronosticar el tiempo, mirar las veletas, desear la lluvia vaticinada en almanaques, contemplar los surcos abiertos, temer al mal año y reafirmar todo lo que el refranero y las supersticiones puedan augurarnos. En definitiva, labradores, consagrados a las tareas campesinas que conlleva cada época del año.

Junto a ellos, aparecen los niños; unos dedicados a jugar con el perro del casero, otros a hacer cometas, zampoñas, campanitas de barro o faroles de sandía.

A su lado, caballeros solemnes y damas atardecidas que, perpetuadas en innumerables fotografías nimbadas del color sepia del recuerdo, llevan hasta la memoria del poeta un tiempo rememorado como en un nostálgico sueño, en que vestidas de aldeanas representaban alguna local comedia benéfica.

Bujalanceños que, fieles a sus costumbres, acuden prestos a las romerías que anuncian nueva vida, al extraño carnaval de un tiempo pasado, a la solemne y devota novena de la Virgen del Invierno, a los crepusculares quinaros, a las procesiones de Semana Santa, al casino envuelto en su genuina atmósfera decimonónica, con sus bailes festivos, sus tediosas conversaciones, sus naipes, sus aceradas críticas y su vacío espiritual. Lugar propicio para eso que hemos convenido en llamar matar el tiempo.

No podemos por menos que enumerar, aunque de manera muy sucinta, la variada fauna y flora que vive y crece en esta recreada arcadia: palomas que anticipan el viento huracanado; tórtolas mañaneras surcando el azul del alba; águilas enseñoreándose del amplio cielo; insectos que al mediodía vibran; “golondrinas de sombra”; palomas “trasvolando alcores de noviembre”; perdices cantando en las solanas; fieles, aunque fatídicas y negras cornejas; cuclillos de misteriosa cantinela; “vilanos de tornadizo vuelo”; luciérnagas que brillan como estrellas lejanas; “grullas que abren la melancolía de su ignorado rumbo por el cielo”; pavorreales conocidos en caserías próximas a El Chaparral; gallos que con su canto confirman ocultos hogares; galgos que otean la brisa perdiguera; potros de hermoso galopar; animales de carga que portean en sus lomos la aceituna hacia la almazara; olivares impregnados del melancólico y nostálgico septiembre; cardos silvestres por los que discurre el alpechín; trigo sembrado en otoño con la esperanza primaveral del fruto germinado; “espigas requemadas al sol de los rastros”; sementeras; olivares; viñas; cipreses de tensa armonía; amapolas ardiendo; “palmeras embelesadas junto a la paz del arco y el aljibe”; “alhucema quemada” “ortigas encaladas”; “etérea rosa” tejida por pájaros del atardecer; jazmín de pálido insomnio; “silvestres lirios al sol recién nacidos”; violetas con alma en las que Dios late suavemente...

Bujalance poetizada, una Bujalance cantada en ideales mosaicos líricos en los que Mario López va recreando los rincones más emblemáticos de su puebloamor, así como el momento del año más propicio a los recuerdos.

De esta manera, por ejemplo, nos acerca hasta nuestro hoy al cantero Juan Jerónimo Rodríguez quien tantos siglos atrás labrara la portada occidental de la Ermita de Padre Jesús. Lugar de privilegio, recóndito paraje que a la lírica luz de Mario cobra una especial dimensión. Calzada de presentidos encuentros, de ascéticas ascensiones en lívidas tardes primaverales, cuando el ciprés y el canto del ave nos invitan a la reflexión trascendente y al vivificante anhelo del cotidiano vivir. Balcón abierto a la contemplación silenciosa de la amplia geografía comarcal. Atalaya de ensueños bajo el mudo ciprés

estival, y lúgubre paraje invernal azotado por el viento solano que pone eco a los mudos barandales labrados a sol y a agua.

Otros elementos arquitectónicos de capital importancia para la concepción de su mundo poético son el arco, tránsito de la vida a la muerte “nicho de sombra fresca” tras del cual sólo quedan los muertos que a todos por la sangre sueñan. “La plaza que abre balcones y naranjos a otro cielo distinto”. Y las dos torres “de ladrillo desnudo, nimbadas de dorada nostalgia dieciochesca” que erguidas sobre la horizontalidad de los campos parecen custodiar este universo.

Si hay un momento del año por el que el poeta sienta especial predilección, ese es, sin duda, el otoño que, impregnado de nostálgicos recuerdos, resulta imprescindible para un aspecto importante de su finalidad creadora, cual es el desdoblamiento personal, que aparece claramente en el poema *El amigo de septiembre*:

*Y recuerdas que él se llamaba Mario
y su amigo más íntimo se llamaba Septiembre
y ellos dos solamente conocían las esquinas
donde el eco responde solamente a los niños
y el balcón favorable para entender las nubes
que pasan disfrazadas de azucenas o perros
tras el dorado vidrio del viento en los olivos¹¹.*

José M^a Ocaña¹² afirma que: “Mario López logra en *El amigo de septiembre* una fiel introspección, una total convergencia e identidad narrativo-expositiva. Su personalidad, su mismo yo, se diluye en una segunda persona de carácter impersonal, que nos recuerda la técnica de la novela moderna”.

En otras ocasiones vamos sintiendo cómo el otoño se nos va acercando lenta pero inexorablemente:

*Y una tarde, el delirio ya en fuga de los trinos,
junto al pórtico grande de la Parroquia
se nos murió de octubre aquella hoja de árbol
y otra tarde el otoño,
disfrazado con barbas de nostalgia violeta,
fue entrando como un dulce mendigo
en los portales de las casas del pueblo
dejando en las cancelas con vidrios de colores
sus andrajos de niebla...¹³*

Diríase que Mario vibra de manera especial cuando “todo el pueblo va hacia el otoño” por caminos y paisajes nocturnos apenas iluminados por la ya exánime y lánguida luna. Cuando a su alrededor, el aire, a pesar de su fragilidad, comienza a socavar el lecho temporal del verano que, empapado de anheladas lluvias, tiritita por el frío de la muerte.

Y ante este espectáculo, el poeta queda solo, frente al vacío otoñal preñado de nubes gratas y comprensibles a su inteligencia y a su corazón, aunque enigmáticas y tantas veces inexplicables para nosotros.

Otoño presentido en esas nubes de variadas formas y sin rumbo. Mágica estación anual intuida también en el largo vuelo de las golondrinas hacia otros parajes más cálidos.

¹¹ M. LÓPEZ, *Poesía* (Córdoba, 2004). “*El amigo de septiembre*” Pág. 67.

¹² J. M^a OCAÑA, “Mario López, un poeta de Cántico” Córdoba, 1991. Pág. 56.

¹³ M. LÓPEZ, *Poesía* (Córdoba, 2004). “*Poema de final de verano*” Pág. 104.

dos.

Frente a esta poética ciudad, Mario nos presenta otra Bujalance amarga, cargada de un realismo capaz de transformar a su puebloamaor en pueblomuerto, ya que este paraíso se convierte por determinadas circunstancias laborales y sociales en un desierto. El temido éxodo hunde sus profundas y desoladoras garras y el poeta, entonces, nos ofrece una despavorida y fantasmal estampa:

*Por el pueblo
flota un agrio*

*silencio rural.
Silencio
de cal muerta
y drama vivo
bajo los cielos
del éxodo...*

*Mediodía.
Esquinas solas
bajo el sol
del Pueblomuerto¹⁴.*

En su discurso de presentación en esta Real Academia, se preguntaba Mario López si la existencia del poeta está condicionada al ambiente que le rodea, desde la tierra que le nutre hasta su voluntad de arraigo en ella, y nosotros pensamos, sin duda alguna, que sí. La historia, sus ancestrales costumbres, su idiosincrasia y su entorno, dejan clara y contundentemente su impronta en cualquiera de las manifestaciones del hombre, cuanto más en este mundo lírico en el que el poeta, atento a cualquier matiz que escapa al resto de los mortales, ha transformado, y recreado posteriormente, valiéndose de todo aquello que pueda incrementar lo estético; como por ejemplo, el uso del color.

Extraño sería que un poeta nacido en esta zona meridional, donde los cielos, los pueblos, la tierra entera presenta tal variedad cromática, fuese parco en su utilización. Si a esto añadimos su visión pictórica, parece evidente la importancia que en este mundo que Mario ha poetizado tiene lo cromático.

Para Ricardo Molina¹⁵ "*Mario López es un poeta maravillosamente fiel a su tierra natal y a su cielo natal y recoge en sus libros la palpitación lírica; el color, la humanidad y el paisaje actuales*".

Con el apropiado valor pictórico que imprime a su poesía, crea este mundo de bellas imágenes que, ofrecido a nuestro sentido visual, invade nuestra mente haciendo más accesible y anhelado que todo su universo poético inunde nuestros sentidos.

Un mundo en el que todo ofrece luminosidad. Fulgor rutilante, el de estas latitudes, pues no es casualidad que sean azul, oro, verde, amarillo, violeta, blanco y rojo, los tonos más destacados. Y de entre ellos, el preferido, sin duda, por el poeta, es el primero de los enumerados, o sea, el azul, manifestándose con tal profusión, que viene a representar casi el 50% del total de los citados. Así, Dios es azul; las sierras aparecen "inundadas de un azul lejano"; el horizonte está fundido en puro azul; el relámpago se hace azul en los olivos, el labrantío viene a ser un milagro azul; los lirios poseen un pulso azul; los árboles de raíces desnudas son azules; etc.

¹⁴ M. LÓPEZ, *Poesía* (Córdoba, 2004). "Pueblomuerto". Pág. 174.

¹⁵ R. MOLINA, *Una ciudad de campiña: Bujalance*, Diario "Córdoba". 15 de enero de 1950. Pág. 4.

Y esta variedad de colores se desparrama en una naturaleza de la que percibimos un sin fin de variadas sensaciones. Así, por ejemplo:

*Los latidos del campo:
Con la brisa de los olivos despiertan al atardecer
los latidos del campo...¹⁶*

*La humanización de la noche:
La noche abría sus venas de agua por los tejados
con arritmia de gárgolas y soledad de aceras¹⁷.*

O nos presenta una naturaleza que se va conformando, con sus fuertes tonos de color con que la engalana, a medida que el poeta va desgranándonos sus versos:

*Y la liebre, entre los dientes del podenco, venía
muerta sobre el rocío desangrándose¹⁸.*

Esta naturaleza, bien conocida por Mario, que circunda su universo poético y a la que ya hemos hecho mención, no está idealizada, sino cargada de veracidad, de autenticidad. Lo que Pedro Salinas admiraba en poesía. O plena de exactitud, como la que siempre presidía el quehacer lírico de Juan Ramón Jiménez. Características que conforman las coordenadas geográficas y poéticas del ilustre bujalanceño. En suma, la vivencia plasmada fielmente en sus versos. La verdad que la vida ha ido mostrándole a lo largo de su existencia.

Una naturaleza, un paisaje interiorizado en el que no sólo debemos contemplar el aspecto descriptivo, ya que, como en Machado, por ejemplo, este paisaje será motivo de profundas reflexiones, fruto de su dilatado mundo de nostálgicos recuerdos.

Como dice Ángel Urbán, "*Mario López no describe el paisaje como una mera pintura de palabras. En el transfondo de su lienzo hay siempre un camino que lleva a una realidad más honda, interior, y que transforma en una meditación del ser humano.*"

Pablo García Baena afirma que la poesía de Mario López constituye el gran libro coral de la campiña, el libro del amor a Bujalance.

En efecto, asentimos nosotros, puesto que la esencia y la hondura lírica y humana de Mario están como fundidas en eterno e íntimo abrazo con su Bujalance natal.

Y concluyo mi intervención leyéndoles el soneto que Mario López escribió a su puebloamor y que está perpetuado en un azulejo bajo el Balcón de los Clérigos, abierto a la Plaza Mayor, lugares tan queridos y siempre recordados por el poeta. Y que dice así:

A BUJALANCE

Dorada almena califal alzada
frente a horizontes de Sierra Morena.
Sol y campiña y olivar. Serena
ciudad por altas torres custodiada.
Bujalance, barroca y blasonada,
fiel a su historia de relumbres llena
donde su noble independencia suena
a paz de libertad por si ganada.

¹⁶ M. LÓPEZ, *Poesía* (Córdoba, 2004). "Los ecos". Pág. 58.

¹⁷ M. LÓPEZ, *Poesía* (Córdoba, 2004). "El amigo de septiembre". Pág. 67.

¹⁸ M. LÓPEZ, *Poesía* (Córdoba, 2004). "Cacería". Pág. 63.

Historia viva en ecos ya apagados
de su nombre latente en la memoria
de las tierras que surcan sus arados.

Rescaldos de un ayer hoy evocados
al cabo de los siglos. Muda gloria
de días, aunque acaecidos, no olvidados.